



Mesa 7. Violencias.

Los procesos de vulnerabilidad de jóvenes en situación de violencia en la zona sur de la CABA: la vinculación de la recuperación de la memoria de los muertos, la experiencia del dolor y las sociabilidades juveniles

Autores/as:

Alejandro Marcelo Villa
alejandrovilla2001@yahoo.com.ar
Ministerio de Salud/GCABA / IIGG-FCS/UBA.

Introducción

En un estudio previo sobre las características que adquiere la violencia interpersonal y la muerte entre jóvenes en barrios de emergencia de la CABA, realizado con reconstrucciones de biografías de amigos y familiares de jóvenes muertos en dichas situaciones, discutimos la existencia de una desigualdad sociopolítica y una distribución desigual de los procesos de vulnerabilidad, vinculados a la violencia, el consumo de drogas y la práctica del delito, en los cuerpos jóvenes, en los contextos de los mismos territorios barriales (Villa, 2017). Existirían procesos de luchas por el reconocimiento identitario juvenil, frente a una “fragmentación” de los lazos sociales de los jóvenes con sus vecinos y con sus mismos pares, y a una “degradación de las pautas socioculturales compartidas” (Miguez e Islas, 2010). Los jóvenes pueden accionar una “demanda de respeto” frente a sus mismos pares y sus vecinos, mediante el ejercicio de la violencia, en un contexto de humillación, exclusión y falta de opciones sociales que puedan configurar una identidad valorada. Esta demanda puede concebirse como una capacidad intersubjetiva de reconocimiento igualitario o contrariamente una “demanda

pura” de un sujeto que se impone unilateralmente por la fuerza sobre otro, estableciendo una desigualdad jerárquica (Zubillaga, 2007, siguiendo a Honneth, 1997).

Para la perspectiva de la antropología del dolor, cuando se relaciona el sufrimiento y el lazo social, es necesario prestar atención a la “ambivalencia” que puede adquirir el primero; entre el poder del dolor para la destrucción social, y el poder del mismo como experiencia vital. El análisis del sufrimiento puede ser ubicado como una experiencia, al mismo tiempo, individual y social (Schillagi, 2011).

Asimismo, se concibe aquí a la vulnerabilidad como resultado de un *proceso* histórico, que comprende tres dimensiones, que se articulan entre sí (Delor y Hubert, 2000). En primer lugar, son las *trayectorias personales* de los actores. En segundo lugar, se trata de caracterizar los *vínculos e interacciones*, que pueden hacer que una trayectoria personal se transforme en una trayectoria social. Allí cobran relevancia los diferentes espacios de sociabilidad en los cuáles participan los jóvenes en interacción con diferentes otros. Y, en tercer lugar, se deben tener en cuenta los *contextos socioinstitucionales*, presentes en las trayectorias personales y sociales; los que pueden suministrar o negar el acceso a determinados recursos materiales y simbólicos.

La vulnerabilidad, además, puede ser considerada como un problema bio, psico y sociopolítico, de una “ontología del cuerpo vulnerable”. Se trata de una perspectiva que pone la atención sobre las formas de regulación social del afecto ante la muerte, las “censuras sociales del duelo”, y una discusión sobre las “bases de una crítica de la violencia” (Butler, 2010).

A partir de los contextos de experiencia que provoca la violencia y la muerte de los jóvenes estudiados previamente, se diseñó y se implementa hasta la actualidad un dispositivo de intervención territorial, orientado a las sociabilidades de los jóvenes y de sus familias en barrios de emergencia. Se plantean como objetivos visibilizar dichas muertes de jóvenes en situación de violencia, frente a los juicios comunitarios negativos que procuran el olvido y la eliminación de los jóvenes de su misma comunidad; y, expresar y compartir el dolor que provocan dichas muertes, entre jóvenes, familiares, miembros de la comunidad e instituciones comunitarias. (Villa y Valado, 2017).

Este trabajo forma parte de un estudio más amplio en curso.¹ A partir de las experiencias territoriales con jóvenes de barrios de emergencia en la producción de murales para recordar a sus amigos muertos, dicho estudio se propuso como objetivo general, explorar, describir y analizar los mecanismos psicosociales por los cuáles dichos jóvenes que se socializan en el ejercicio de la violencia, pueden percibir y reconocer los procesos de vulnerabilidad, que desencadenan la violencia y la muerte, en sus trayectorias personales y sociales de vida.

Aproximación metodológica

Se realizó un estudio cualitativo, de casos estudiados en profundidad, de tipo exploratorio y descriptivo, así como de carácter inductivo, en base a la “teoría fundamentada” (Glaser y Strauss, 1967). Se adoptó una perspectiva psicosocial que recupera el mundo de significaciones socialmente compartidas, y al mismo situar los sentidos individuales atribuidos a la experiencia en el contexto social en el que surgen (Kornblit, 2004). Asimismo se adoptó la perspectiva teórico- metodológica de Michael Leclerc-Olive (2009), quien privilegia una perspectiva biográfica de los sujetos, y enfoca la estructuración del tiempo en la vida de una persona.

El estudio se propuso estudiar tres procesos del “Taller de mural de recuperación de la memoria de jóvenes muertos en situación de violencia.”². El mismo incluye:

- a) La elección de los jóvenes que se quiere recordar.
- b) La descripción y puesta en común de los recuerdos de cada joven. La selección posterior de los recuerdos que se quiere compartir con el barrio.
- c) La selección de imágenes de los recuerdos seleccionados que se

¹ Proyecto “Los procesos de vulnerabilidad de los jóvenes en situaciones de violencia: mecanismos psicosociales y experiencias generacionales con las pérdidas y el dolor en los barrios de emergencia de la CABA”, 2018-2019, desarrollado desde el Consejo de Investigación en Salud, del Ministerio de Salud/GCABA.

² Esta actividad forma parte del Proyecto Jóvenes en Situación de Violencia, del Programa de Juventud e Inclusión Educativa del CeSAC N°8/Área Programática del Hospital J. M. Penna/Ministerio de Salud/GCABA, a cargo del autor de esta ponencia. Dichos talleres fueron co-coordinados intersectorialmente con el Área de Cultura de Subsecretaría de Habitat e Inclusión del Ministerio de Desarrollo Humano y Habitat y el Programa Arte para Crecer del Ministerio de Cultura, del GCABA, y la ONG Redar.

quieren plasmar en el mural.

- d) El pedido de parte de los coordinadores de objetos de la memoria de los muertos que posean significados para los jóvenes.
- e) La elaboración por parte de los muralistas, a partir de las imágenes seleccionadas, de un esquema de mural. El mismo se presenta para debate y ajustes, en conjunto con los jóvenes.
- f) La elaboración del mural en una pared solicitada para tal fin.
- g) La presentación pública del mismo mediante una radio abierta.

En cada taller se realizaron reuniones grupales y recorridas barriales para establecer vínculos e intercambios con los jóvenes, con una frecuencia semanal.

En este trabajo se estudian dos procesos de trabajo del mural.

- a) El grupo que denominamos “de la capilla”, de un sector específico de un barrio de emergencia de la zona sur de la CABA. Se trata de una sociabilidad de un grupo base constituido por quince jóvenes con los que nos reunimos en una pequeña capilla, aledaña al lugar de “parada” del grupo; entre los meses de mayo y diciembre de 2017. El mural se pintó en una zona aledaña al lugar de parada del grupo. Es una sociabilidad restringida a un área territorial de una influencia aproximada a dos manzanas del barrio; y a una generación de jóvenes de los años 2000, que tenían entre 17 y 30 años. Ellos deciden recordar a Enrique, fallecido en 2016.
- b) El grupo del “comedor”. Es uno de los principales territorios de poder juvenil del barrio; en el que conviven tres generaciones de diferentes grupos: una de los años 90; otra, de mediados de los años 2000 y otra, actual. Es una sociabilidad que comprende al menos cinco manzanas del barrio, con ramificaciones en otros sectores. El grupo base, también estuvo constituido por quince jóvenes, entre 15 y 43 años, que “paran” o “paraban” en un comedor, en el mismo lugar donde se pintó el mural. Nos reunimos desde agosto de 2017 hasta la actualidad. El mural finalizaría en abril de 2019. Nos reunimos en el comedor y en un local de una organización social del sector, de uno de los jóvenes de la generación de los años 90. El proceso estuvo interrumpido y demorado por una obra de urbanización de una calle que atravesaba el lugar de parada y realización del

mural. Se eligieron recordar diez jóvenes de tres generaciones diferentes:³ Elena, 2000; Catalina, 2015; Sergio, 2010; Ulises, 2008; Ramiro, 2016; Leandro, 2016; Victor, 2012; Luis, 2012; Pedro, 2010; Marcelo, 2014.⁴

A partir de todo este trabajo de intervención, se aplicaron y analizaron dos fuentes de datos. Por un lado, las notas de campo (Navarro, 2007), conformadas por crónicas escritas y observaciones, tanto de las reuniones grupales, como de las recorridas barriales en las que interactuamos con los jóvenes. Por otro lado, se realizaron entrevistas con enfoque biográfico (Leclerc-Olive, 2009) a jóvenes que participaron de ambos procesos.⁵

El material de las entrevistas fue grabado, previo consentimiento informado de los participantes. Y todo el material de las fuentes de datos fue ingresado y codificado con el software Atlas Ti. Luego se procedió al análisis comparativo de lo obtenido en el proceso de codificación.

La constitución de los jóvenes como sujetos de memoria

Al comenzar el trabajo con los jóvenes, uno de los principales problemas señalados por los ellos es la “disputa de un territorio”, en términos geográficos y simbólico-identitarios, con otros actores (Vommaro, 2011) Procuran delimitar un espacio donde “paran”, frente a conflictos cotidianos con los vecinos, y con pares de otros sectores del barrio o de otros barrios. Incluso, los jóvenes de la capilla, afirman que tienen un proyecto de construir una cancha para realizar actividades deportivas, pero los vecinos no lo permiten, porque piensan que eso aumentaría el consumo de drogas, las situaciones delictivas y de violencia. En el caso de los jóvenes del comedor, ellos ven amenazado su poder, por una empresa contratista del Estado, que estaba pavimentando una calle justo en el lugar donde paran. Se produce una situación compleja, ya que varios jóvenes este grupo son empleados en esta obra; y, algunos de los mismos, roban maquinarias a esta empresa; mientras que otros, roban al personal de la misma.

³ A continuación se escribirá el nombre de ficción de los muertos, y luego el año de fallecimiento.

⁴ También se les pidió a los jóvenes de este proceso, que nos contactaran con las familias de los diez jóvenes recordados; para elaborar un archivo biográfico complementario. Fueron contactadas nueve familias y también instituciones, a las que se entrevistó y se recuperaron objetos de la memoria de los muertos, mediante la producción de grabaciones, fotografías y videos. Este material será editado y exhibido en producciones audiovisuales en la radio abierta de presentación del mural.

⁵ Para este trabajo se analizan seis entrevistas realizadas.

También, al comienzo del proceso de trabajo, los jóvenes de la generación de los años 90 del grupo del comedor, señalan una serie de problemas estructurales que, según ellos, configuran un proceso de exclusión social y vulnerabilidad de los jóvenes en el barrio: el fácil acceso de éstos a las armas de fuego; la discriminación de la población juvenil por parte de la sociedad en general, y de los vecinos del barrio, en particular, “sólo nos nombran cuando actuamos mal”; el circuito en el cual los jóvenes no consiguen trabajo cuando salen de la cárcel, y vuelven al barrio a enfrentarse con otros jóvenes, con los vecinos y las fuerzas de seguridad.

Cuando en ambos grupos comienzan a hablar de sus pares muertos, analizamos que se produce una tensión entre la necesidad de recordar a estos últimos, y por otro un proceso de dispersión del grupo, por efecto del dolor que les provocan las pérdidas. Pero esta dispersión, también la encontramos vinculada a conflictos de los jóvenes con las familias de los muertos. Aquéllos se sienten interpelados por las familias de éstos, las que los culpabilizan de estas pérdidas. De allí que, para ellos, se instale una tensión permanente entre la sociabilidad juvenil, y la familiar. Tienen que “pedir autorización” a las familias, para recordar a los muertos en los murales. Se produce una ambivalencia al momento de definir los sujetos de memoria: entre dar prioridad a las familias y las madres, y constituirse ellos mismos a tal fin. Esto fue motivo de intenso debate, para poder avanzar en el proceso.⁶

Al indagar con los entrevistados en los motivos que los conducen a recordar a sus amigos muertos, se destacan los siguientes. En primer lugar, se hace alusión a que las imágenes del amigo muerto pueden permitir visualizar ante el barrio la trayectoria de vida de los jóvenes para que éstos “no se pierdan”. Existe allí un mensaje a modo de un llamado a las familias de los jóvenes, para que reconozcan que éstos están desde niños en la calle y que necesitan del apoyo de la familia. En segundo lugar, se enfatiza que la presencia de un mural puede constituirse en un mensaje para los propios jóvenes del barrio que evidencie las pérdidas de vidas; en el sentido de “hacer ver a los pibes” la trayectoria de vida que conduce a la muerte, donde se destaca el consumo de drogas.

Y, finalmente, los jóvenes observan que el mural permite un proceso de memoria,

⁶ De cualquier modo, en el caso de la muerte de Enrique, del grupo de la capilla, la familia ya había participado de otro proceso de mural en el mismo barrio; y también se acordó que la familia fuera invitada a ver el esquema del mural y la pared seleccionada con los jóvenes. En el caso de los jóvenes del comedor, se les planteó a ellos que nos contactaran con las familias de los 10 muertos, para la conformación de un archivo biográfico familiar, complementario

donde los recuerdos con el muerto se hacen presentes en la actualidad, tanto para el grupo como en forma personal para cada miembro del mismo. Es “la experiencia directa de haber estado ahí corporalmente, sensorialmente y en el recuerdo”; una “relación expresiva y vivencial con los lugares”; el que crea un “sentido del lugar”, ambiental y sensorial. La memoria conecta a allí a los jóvenes con las relaciones sociales y establece un “mapeo espacial”, alrededor de una historia oral de los muertos (Riaño Alcalá, 2000).

La creación de comunidades de memoria: conexiones entre imágenes, dolor, y sociabilidades

Iniciado el proceso de trabajo con los dos murales, progresivamente fue posible identificar y analizar que, con la intervención, se generaron dos temporalidades en las sociabilidades juveniles. Por un lado se trata de la creación de una “comunidad de memoria” en torno a un relato oral de la historia de los muertos; que hace posible un proceso de transmisión del pasado con el presente⁷, en un grupo base en cada sociabilidad juvenil; así como un conjunto de jóvenes que “pasan” por la reuniones y participan ocasionalmente del proceso. Pero al mismo, asistimos a la temporalidad de la vida cotidiana de los jóvenes. Allí, se trata de algunos jóvenes que trabajan, estudian, ejercen su paternidad; y otros, que continúan con su vida de consumo y comercialización de drogas y/o de practicar el robo (fundamentalmente en el mismo barrio, denominado *rastear*). Fue necesario establecer un encuadre de trabajo que consolide y legitime la temporalidad de la comunidad de memoria que se creaba en el espacio público: no se puede consumir drogas y realizar actividades delictivas durante el proceso de trabajo; lo que fue respetado por ellos en ambos procesos.

Al analizar las entrevistas, los jóvenes destacan diversos efectos que tuvo el proceso del mural, tanto en cada uno personalmente, como en las sociabilidades juveniles. En primer lugar, ellos valoran el reunirse todos en grupo, poder hablar y compartir recuerdos de los muertos. Junto a ello, observan que el compartir esto con profesionales, hizo que se hablara de otro modo en la sociabilidad. Es el *hablar en serio*; diferenciado del *hablar en joda*, en tanto forma instituida en la sociabilidad

⁷ Se ha discutido previamente el concepto de “transmisión”, como un “mecanismo psíquico inconsciente”, donde los otros y los acontecimientos del pasado se prestan y sirven de figuras identificatorias para un transporte de imágenes y experiencias, configurando distintas temporalidades para los sujetos (Villa, 2012)

juvenil.

También, en segundo lugar, se alude a “tener más presente los recuerdos buenos” del muerto; tanto compartidos, como en forma personal. Los jóvenes entran allí en transmisión y diálogo con los muertos. Se ponen de relieve algunas características personales del fallecido en el vínculo con el joven amigo. Estas características, pueden presentarse en la actualidad cuando los jóvenes están “mal”, en estado de vigilia, o cuando sueñan al muerto.

En tercer lugar, la historización de las trayectorias de vida de los muertos que realizaron los jóvenes produjo un doble efecto; al vincular los recuerdos, con los grupos de sociabilidad, en la que ellos mismos se socializaron (Halbwachs, 2004). Por un lado, ellos se refieren a una suerte de “sociabilidad perdida”, por efecto de la muerte que hizo que los jóvenes de cada grupo se dispersaran y se aislen; ya sea porque cambiaron de trayectoria social, o porque el aislamiento intensificó el consumo de drogas, las situaciones delictivas y la violencia. Para la generación de jóvenes socializada en los años 2000, el tiempo “pasó muy rápido”, ya sea porque los jóvenes “maduraron rápido”, procurando cambiar de trayectoria social; porque murieron “muy rápido” o se encuentran en una trayectoria que conduce allí. Es una experiencia generacional con la finitud de la vida, que se encuentra en debate con sus condiciones de socialización; como lo destaca Ernesto (28 años):

Entrevistador (E): ¿qué te generó a vos recordar a un amigo muerto en las reuniones del taller? ¿qué es lo que te fue generando a vos? ¿qué cosas te hizo pensar? ¿qué cosas te hizo sentir?

Ernesto (Er): uno puede estar ahí, con todos los pibes que están ahí, tratando de llegar para estar ahí.

E: ¿que puedas estar ahí muerto decís?

Er: Claro, el día de mañana, yo que sé, la vida es corta, si se puede hacer algo por los pibes que no están, que se haga para recordarlos. Con el tiempo uno se olvida y capaz un mural te hace recordar las cosas como son y qué puede pasar. La vida es corta y nadie la tiene comprada ni nada.

De modo diferente, los jóvenes de la generación de los años 90 que tienen más de 30 años, y que participaron del grupo del comedor, relatan situaciones en las que sobrevivieron a experiencias de violencia extrema y cambios en su trayectoria social.

Comparten con los jóvenes la idea de “sociabilidad perdida”. Pero, mientras, los jóvenes de la capilla perciben los encuentros grupales del mural como una forma de “revivir” esa sociabilidad y poder hablar de los recuerdos y afectos que no pudieron expresarse entre ellos porque se dispersaron, los del comedor de la generación de los años 90 establecen una ruptura generacional con los mismos pares del sector de otras generaciones, y disputan fuertemente los sentidos de la sociabilidad y la violencia que se instaló en los años 2000. Carlos (31 años), que se adscribe a la experiencia generacional de los años 90, en tono de enojo argumenta que la violencia era una situación localizada entre grupos, y no, una experiencia generalizada por fuera de sociabilidades específicas, como ocurriría en las generaciones posteriores:

“Antes había códigos, y todo eso ahora... ponele antes si se agarraban a tiros con otros grupos era por una cuestión de territorial o lo de sea... no era con todo el mundo, era, ponele, tenía este grupo bronca con éste, no más... ahora los pendejos lastiman a cualquier persona, no están ni ahí, hay mucho, mucho, más afano. Hay muchísimos más adolescente que se dedican al choreo que antes... porque yo recuerdo que nosotros teníamos un grupito, muchos teníamos armas todo; pero no nos dedicamos a robar, teníamos armas porque tenía que haber un arma en cada casa, nosotros decíamos tener un fierro para cuidar la casa, eso era lo que decíamos. Tenés tu enemigo y te agarras a los tiros pero, pero uno laburaba o uno no se dedicaba a lastimar a cualquier persona. .”

El segundo efecto de recorrer la socialización de los jóvenes muertos, fue la generación de acciones de cuidados de los jóvenes. Es la identificación que realizan los mismos jóvenes de la vulnerabilidad de los cuerpos ante la finitud de la vida. Ignacio (30 años), en tono de pedido de ayuda y angustia, refiriéndose a su amigo Enrique, muerto afirma

“Recordar la parte en que ellos hacían cosas que no tenían que hacer. Estaba enyesado, andaba con las motos y todavía no se había rescatado; más que nada es una preocupación por los chicos, por cómo se los puede ayudar o rescatar. Yo lo vivía, y todavía estaba enyesado y seguía con la moto. No te importa nada casi...Hay una preocupación por los chicos porque, aun dándose golpes, todavía no aprecian eso; y eso te hace pensar en una manera de tratar de ayudarlos...”

La experiencia del dolor: “Tengo la memoria tapada por el barrio”, “El mural me hace cajetear”

En el proceso de trabajo de los murales se evidencia una fuerte dualidad entre la ausencia y presencia simultánea del muerto en los recuerdos, que se hacen presentes en el espacio grupal. Ello tiene directa relación con uno de los objetivos de la producción del mural: poder expresar y compartir el dolor por las pérdidas.

En el proceso del grupo de la capilla, ante las dificultades en la sociabilidad para reunirse, fue necesario un encuentro grupal específico, previo al inicio del trabajo plástico del mural sobre la pared, mediante una “choriceada”, para expresar el dolor. Juan (29 años), luego de llegar a un encuentro donde se discute con el grupo la dificultad de expresar el dolor, enuncia algo de lo que estaba aconteciendo: “Tengo la memoria tapada por el barrio”. Alude a su consumo de drogas y la sobrevivencia cotidiana de los jóvenes que delinquen para poder pagar ese consumo. Todos los jóvenes del grupo se hicieron presentes y dieron sus testimonios, argumentando que el dolor que les provocó la muerte de Enrique tuvo como consecuencia que ellos se dispersaran del grupo. Allí se evidenciaron, dos claras posiciones: aquéllos que pudieron expresar el dolor y compartirlo en el grupo y aquéllos que no querían compartirlo. Éstos son jóvenes que estaban en procesos de intensos consumos de drogas.

En el mural del comedor, los jóvenes pudieron expresar el dolor cuando los muralistas plasmaron las imágenes plásticas acordadas en la pared designada, en el mismo lugar en el que paraban. El mural estuvo compuesto por las imágenes de los diez rostros de los muertos, con imágenes de una serie de ángeles llorando acompañadas por una la frase “El cielo puede esperar”; extraída de una canción de la banda musical Ataque 77; y aportada por los jóvenes de la generación de los años 90. Además, los de esta generación habían incluido, en forma consensuada inicialmente, la imagen de un rostro vacío con un signo de pregunta y una frase: “¿Querés ser el próximo?”, al final de la serie de los diez rostros mencionados. A medida que los muralistas iban pintando los rostros y demás imágenes, los jóvenes empezaron a reunirse cotidianamente en su parada, concurren familiares de los recordados a contemplar las imágenes; creándose un clima de comunidad de memoria: relatan y comparten las historias de los muertos,

ponen músicas en el espacio público alusivas a las pérdidas de los amigos y surge una sensibilidad corporal que expresa el dolor por las pérdidas.

Los jóvenes de las dos generaciones de los años 2000 del grupo del comedor, al evocar a los muertos con el mural, se angustian con la imagen del rostro vacío con el signo de pregunta y la frase, “¿Querés ser el próximo?”. Quieren eliminarla. Podríamos pensar en una interpelación generacional. Convocamos a una reunión específica para discutir esto en la que sólo están presentes las generaciones de los años 2000. La mayoría argumenta que esas imágenes les hacen pensar en la muerte, *Te hace cajetear, te hacés el bocho*⁸, “Cuando estamos todos juntos frente al mural, y estamos fumados, te hace eso”. Desde la intervención, proponemos pensar que la frase puede ser interpretada en un doble sentido: como una anticipación de la muerte que le va a ocurrir a los jóvenes o como una advertencia para el cuidado de sí mismos. Los jóvenes proponen incluir otro muerto en el lugar de esa imagen. Pero, posteriormente, nunca pudieron recolectar imágenes para ello; y el mural permaneció con esa interpelación generacional.

En nuestro análisis, podemos destacar que la experiencia del dolor que provocó dicha imagen en el grupo del comedor, convocó a la posible muerte de sí; porque aquella entró en transmisión psíquica con, por lo menos, cuatro acontecimientos que se produjeron en forma simultánea. En primer lugar, los muralistas relatan que en su presencia, en el mismo momento en que se creaba una importante comunidad de memoria en el grupo, algunos jóvenes realizaron un robo a un vecino en el mismo espacio de memoria. Fue necesario hablar con los jóvenes, consignando que en el espacio de memoria no estaba permitido delinquir y que ellos mismos tenían que cuidar la memoria de los muertos; que no se trata de que la memoria sea un espacio para la reificación de la violencia. Los jóvenes aceptaron claramente este encuadre. El segundo acontecimiento, alude a una invasión del mural por el culto de la muerte. Una mañana aparecen inscripciones alusivas al culto de San la muerte y una imagen de un joven consumiendo marihuana. Se vuelve a encuadrar con el grupo esta situación, y ellos acuerdan en borrar esas imágenes. Identifican que fue un joven ajeno al grupo base. Además, relatan que luego de esa inscripción, al joven que la realizó se le “prendió fuego la casa” en un accidente doméstico. Finalmente, se produjeron dos

⁸ La categoría *cajetear*, alude a la duda, introduce una fisura en las formas instituidas de la violencia, el consumo de drogas y fundamentalmente, el hecho de empuñar un arma de fuego. Es una categoría intermedia entre las condiciones cotidianas de los jóvenes que están involucrados en el delito, la violencia y el consumo de drogas, y las posibilidades de reflexión.

acontecimientos de muertes de jóvenes en este contexto de comunidad de memoria: la muerte de un joven vinculado a este grupo, pero de un sector aledaño, en un enfrentamiento con la policía; la muerte de otro joven, de un barrio aledaño, enfrentado con un grupo de otro sector del barrio estudiado. Los jóvenes del comedor temen represalias y se sumen en estado de vulnerabilidad, tomando medidas de cuidado, en cuanto a restringir su permanencia en la vía pública.

La experiencia del dolor que es parte de la comunidad de memoria que los jóvenes pueden construir al entrar en transmisión con sus recuerdos de los muertos con el presente de sus vidas, refuerza su identificación con la trayectoria de vida de los muertos. El dolor que expresan los entrevistados y pudimos constatar en las reuniones grupales y las recorridas en el territorio, aluden a una experiencia de afectos de “lloros” permanentes, “tristeza”, “anonadamiento”, “no creer la muerte”, experiencias de “ponerse en lugar de los padres” de los muertos. Pero también, piensan en hacer venganza con los agresores, y en algunos casos la efectivizan. Es una experiencia de reconocerse en una trayectoria de igualdad con los muertos en sus relaciones sociales

La trascendencia de la socialización en la violencia

Se indagó en las observaciones del trabajo de campo y en las entrevistas a los jóvenes, cuáles consideraban ellos que eran las condiciones y sus posibilidades de trascender su propia experiencia con la socialización en la violencia, en las propias sociabilidades de las que participan.

La principal condición señalada alude a la posibilidad de reflexión singular del joven sobre la reciprocidad e igualdad del acto violento entre las personas involucradas; es el “pensar como uno puede terminar si ejerce violencia”. Esto partiría de una reflexividad de segundo orden, sobre la categoría *el pensar que me puede pasar lo mismo que a mi amigo si seguía en el mismo camino*. La categoría recurrente es *lo que haces te vuelve*. Alude a una experiencia de vulnerabilidad corporal por “sentir la cercanía de la muerte”, si se ejerce violencia. Dicha reflexión, es opuesta, a la posibilidad de “buscar la muerte”, como un límite de la posibilidad de trascendencia de la violencia; cuando los jóvenes ejercen y son objeto de violencia física en forma reiterada.

La segunda condición de trascendencia destacada que es vinculada a la primera, tiene un carácter sociopolítico. Es la posibilidad de reconocerse como objeto del Estado o de lo que los jóvenes denominan más comúnmente *el sistema*. Muchos de los jóvenes estudiados analizan que el consumo sistemático y adicción a las drogas, es el principal medio de control social para eliminarlos; lo que incluye, según ellos, la exclusión del acceso al mercado de trabajo y a la educación.

A partir de estas dos condiciones, los jóvenes destacan que dicha trascendencia de la violencia podría efectivizarse “valorando” otros espacios de socialización, mediante una agencia personal y, en algunos casos, colectiva. Por un lado, se valora el ejercicio de la paternidad, el reingreso en una trayectoria educativa y la inclusión en el mercado de trabajo. Pero también, aquélla es relacionada con la participación en organizaciones sociales y políticas, a partir del surgimiento de la necesidad de cuidado de niños y jóvenes, que les provoca la violencia y la muerte. Finalmente, también se destaca como forma de trascender la violencia, el “luchar por los derechos” de cada uno, cuando se percibe que se es objeto de violencia en los diferentes espacios de sociabilidad e institucionales, en los que se participa.

Discusión: La experiencia del dolor y el problema del encuentro de la violencia social con la agresión de uno mismo

El dispositivo de intervención del taller de mural de recuperación de la memoria de jóvenes muertos en situación de violencia creó condiciones para que en el espacio público se produzca una comunidad de memoria en torno de los pares muertos, y un reconocimiento social e institucional del dolor.

El dolor en esta experiencia corporal se presenta en una tensión entre dos dimensiones que conviven, se tensionan y que pueden distanciarse una de otra. Se trata de dos temporalidades que imprime el dolor en el curso de vida de las trayectorias de vida de los jóvenes. Por un lado, el dolor confronta al psiquismo con los mecanismos sociales de la exclusión: La violencia social y la agresión de uno mismo se afectan mutuamente, pero no hay posibilidad de una lucha entre ambas (Butler, 2010, p. 236). Se produce la imposibilidad de tramitar psíquicamente muchos estímulos del medio social que impactan en el cuerpo; particularmente, cuando los jóvenes “se hacen el bocho” ante los

muerdos que los interpelan; o cuando “los tapa el manto de lo cotidiano”, del consumo, del delito y de la violencia. Con ello, no hay posibilidad de la conciencia, de reconocer las pérdidas de los pares. Pero, también confluye allí un mecanismo sociopolítico y microsocioal que refuerza el hecho de que las vidas de estos jóvenes no son pasibles socialmente de ser lloradas y de duelo, en tanto existe una “distribución diferencial del duelo público como problema político” (Butler, 2010, p. 64) . Ello explicaría las dificultades de los jóvenes para constituirse en sujetos de memoria, como expusimos en este trabajo. En estas condiciones, el dolor se transforma en resentimiento. Éste es coextensivo de la temporalidad de la vida cotidiana de los jóvenes, en la que naturalizan el consumo de drogas, las prácticas delictivas y el ejercicio de la violencia. La experiencia de sobreimpresión de muchas muertes convierte a la intensificación del consumo de drogas, el ejercicio del delito y de la violencia, en mecanismos para establecer un impase del dolor, a lo que se convertiría en un “estado de duelo permanente”. De allí que se pueda pensar, siguiendo a Derrida (1997, p. 18), que la pulsión de muerte actúa como una fuerza que destruye “por adelantado” cualquier huella de un archivo de la memoria; y que incluso pueda producirse un culto ritual de la muerte; en este caso, mediante la naturalización de la exhibición pública de armas de fuego que la reifican. Se trata de un mecanismo renegatorio de las pérdidas al extremo, al servicio de la agresión y la violencia hacia el otro. El otro perdido entró a formar parte del mismo yo de los jóvenes, pero ellos mismos no lo saben, porque es una pérdida inconsciente. Si, como expusimos, los jóvenes al recorrer la trayectoria de los pares muertos, entran en transmisión con sus experiencias actuales de violencia, y sienten que pueden morir, es porque se encuentran en su conciencia con la propia experiencia melancólica de la destrucción. Rechazan así y buscan hacer abstracción de la violencia social que también los hace vulnerables, porque se identifican con el par muerto y no es alguien perdido en sus relaciones sociales. De ahí que la trayectoria social que conduce a la muerte se confunda y se convierta en una sola cosa con la experiencia melancólica de la conciencia que procura la eliminación del otro. Butler, siguiendo a Freud, argumenta que la conciencia melancólica rechaza la pérdida, porque ésta es inconsciente. La agresión de esta conciencia está al servicio de “una negativa a perder un tiempo que ya ha sido”. Además, al problematizar allí la relación de lo psíquico con lo social, argumenta que existen “formas de poder social que regulan las pérdidas que pueden o no ser lloradas” y que “el repudio social del duelo podría ser lo que alimenta la violencia interna de la conciencia”. (Butler, 2001, p. 197).

En una segunda dimensión, el dolor se abre camino a un proceso en que la sensorialidad del *cajeteo* o *hacerse el bocho*, dan lugar a pensamientos y reflexiones que pueden producir un cambio de trayectoria social en la vida de cada joven. Los jóvenes también se reconocen en una trayectoria social común con los muertos, pero se preguntan y debaten sobre los modos en los que podrían efectivizar una diferenciación de dicha trayectoria; es *el pensar que me puede pasar lo mismo que a mi amigo si seguía en el mismo camino*. Se trata de la posibilidad del joven de situarse en una posición de reconocer el encuentro de la violencia social y la agresión de uno mismo, y entablar allí una “lucha moral” entre la agresión hacia los otros, y la limitación del daño y cuidado de los otros (Butler, 2010, p. 236). En segundo lugar, los jóvenes pueden reconocer su propia situación de exclusión social, el poder de un sistema que busca eliminarlos, y realizar una crítica social sobre ello. Allí, pueden aparecer las posibilidades de limitar el consumo de sustancias, distanciarse de practicar delitos como medios de subsistencia; y buscar insertar las trayectorias personales en la actividad laboral, el reingreso en el sistema educativo, el ejercicio de la paternidad y/o la militancia social y política.

No se trata de dos dimensiones excluyentes de la experiencia del dolor, sino de dos dimensiones en disputa; en la que las temporalidades de la violencia y su rechazo, se definen performativamente cada vez, “son las tareas temporales del cuerpo” (Butler, 2010, p. 232). Pueden ser intersticios de experiencias corporales, en que se encuentran, aunque sea fugazmente, la violencia social con la violencia singular de cada sujeto.

Referencias bibliográficas

Butler, J. (2001). *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Ediciones Cátedra.

------(2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós.

Delor, F.y Hubert, M. (2000). Revisiting the concept of “vulnerability”. *Social Science and Medicine*, volumen (50), 1557-1570.

Derrida, J. (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta

Glaser, B. y Strauss, A. (1967). *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*. Chicago: Aldine.

Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas universitarias de Zaragoza {1968}.

Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Barcelona: Crítica.

Kornblit, A. L. (Coord.) (2004). *Metodologías cualitativas en ciencias sociales. Modelos y procedimientos de análisis*. Buenos Aires: Biblos.

Leclerc-Olive, M. (2009). Temporalidades de la experiencia: Las biografías y sus acontecimientos. *Iberofórum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, año IV, volumen (8), 1-39.

Míguez, D e Isla, A. (2010). *Entre la inseguridad y el temor. Instantáneas de la sociedad actual*. Buenos Aires: Paidós.

Navarro, A. (2007). *Notas de campo: El registro y la organización de la información recogida mediante observaciones. Documento de Cátedra 40*. Cátedra de Metodología y Técnicas de Investigación Social. Prof. Ruth Sautú. Buenos Aires: UBA-Facultad de Ciencias Sociales-Carrera de Sociología. Recuperado de <https://studylib.es/doc/8284071/documento-de-c%C3%A1tedra-40--notas-de-campo--el-registro->

Riaño Alcalá, P. (2000). La memoria viva de las muertes. Lugares e identidades juveniles en Medellín. *Análisis político, IEPRI, Bogotá*, pp. 23-39.

Schillagi, C. (2011). Sufrimiento y lazo social. Algunas reflexiones sobre la naturaleza ambivalente del dolor. *Prácticas de oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*, volumen (7/8).

Villa, A. (2012). La relación entre pensamiento y memoria y las condiciones de transmisión en Walter Benjamin: notas para reconfiguraciones identitarias juveniles. En Korinfeld, D. y autor (Comps.) *Juventud, memoria y transmisión: pensando junto a Walter Benjamin* (pp. 79-98). Buenos Aires: NOVEDUC.

------(2017). La vinculación de las sociabilidades con las biográficas juveniles: una perspectiva desde la experiencia del dolor ante la violencia interpersonal entre jóvenes. En Beretta, D., Cozzi, E., Estévez, M. V.y Trincheri, R. (Comps.) *Estudios sobre juventudes en Argentina V. Juventudes en disputa: Permeabilidad y tensiones*

entre investigaciones y políticas (pp 153-165). Rosario: ReIJA/ Diego Beretta.
Recuperado de <https://rephip.unr.edu.ar/handle/2133/9308>

Villa, A. y Valado, D. (septiembre, 2017). *Las muertes violentas de jóvenes en la zona sur de CABA: recuperación de la memoria a través de la producción territorial de murales y fotografías*. Ponencia presentada en X Seminario de Políticas de la Memoria. Arte, memoria y política, Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti/Secretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural/ Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, Argentina, Buenos Aires.

Vommaro, P. (agosto, 2011). *Aproximaciones a las relaciones entre juventudes, políticas y culturas en Argentina y América Latina actuales: miradas desde las modalidades de participación política de los jóvenes en organizaciones sociales*. Ponencia presentada en curso virtual de posgrado Juventudes en Argentina y América Latina: política Cultura e Identidades, del Siglo XX al XXI, CAECYT-CONICET, Buenos Aires.

Zubillaga, V. (2007). Los varones y sus clamores: los sentidos de la demanda de respeto y las lógicas de la violencia entre jóvenes de vida violenta de barrios de Caracas. *Espacio Abierto Cuaderno Venezolano de Sociología*, volumen (16), número (3), 577-608.